

# Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social

Simone Weil

Ediciones Godot  
Colección Exhumaciones

Weil, Simone Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2014. 112 p. ; 20x13 cm. - (Exhumaciones) Traducido por: Rafael Blanco Vázquez ISBN 978-987-1489-74-9 1. Filosofía. I. Blanco Vázquez, Rafael , trad. CDD 190

**Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social**

Simone Weil

**Traducción**

Rafael Blanco Vázquez

**Corrección**

Gimena Riveros

**Diseño de tapa e interiores**

Víctor Malumíán

**Ediciones Godot**

[www.edicionesgodot.com.ar](http://www.edicionesgodot.com.ar)

[info@edicionesgodot.com.ar](mailto:info@edicionesgodot.com.ar)

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Buenos Aires, Argentina, 2014

**Impreso en Bonusprint,**

Luna 261, Capital Federal, República Argentina

# Introducción

*“En lo que se refiere a los asuntos humanos, no reír, no llorar, no indignarse, sino comprender”.*

Spinoza

*“El ser dotado de razón puede convertir cualquier obstáculo en materia de su trabajo y sacarle partido”.*

Marco Aurelio

**E**l período presente es de esos en los que todo lo que parece suponer una razón para vivir se evapora y, si no queremos caer en el desasosiego o la inconciencia, debemos cuestionarlo todo. Que el triunfo de los movimientos autoritarios y nacionalistas arruine por todas partes la esperanza que las buenas gentes habían depositado en la democracia y el pacifismo no es más que una parte del mal que nos aqueja; este es mucho más profundo y amplio. Podemos preguntarnos si existe un solo ámbito de la vida pública o privada en el que las fuentes mismas de la actividad y la esperanza no estén envenenadas por las condiciones en que vivimos. Ya no trabajamos con la orgullosa conciencia de que somos útiles, sino con la humillante y angustiosa sensación de que gozamos de un privilegio otorgado por una efímera gracia del destino, un privilegio del que quedan excluidos varios seres humanos por el mero hecho de ser nuestro; un simple empleo. Los propios empresarios han perdido esa ingenua creencia en un progreso económico ilimitado que les hacía imaginar que tenían una misión. El progreso técnico parece haber fracasado, ya que en lugar de bienestar solo ha llevado a las masas la miseria física y moral en que las vemos debatirse;

además, las innovaciones técnicas ya no son admitidas en ningún lugar, o casi, excepto en las industrias de guerra. En cuanto al progreso científico, resulta difícil entender la utilidad de seguir apilando conocimientos encima de un amasijo tan voluminoso que ni el pensamiento de los especialistas puede abarcarlo; y la experiencia demuestra que nuestros antepasados se equivocaron al creer en la difusión de las luces, pues lo único que se puede trasladar a las masas es una miserable caricatura de la cultura científica moderna, caricatura que, lejos de educar su capacidad de juicio, las acostumbra a la credulidad. Hasta el arte sufre las consecuencias de este desasosiego general que lo priva en parte de su público y por ende atenta contra la inspiración. Por último, la vida familiar es pura ansiedad desde que se les ha cerrado la sociedad a los jóvenes. Y esa generación para la cual la febril espera del futuro es la vida entera, vegeta, en el mundo entero, con la conciencia de que no tiene ningún futuro, de que no hay lugar para ella en nuestro universo. Por lo demás, si bien es más agudo en el caso de los jóvenes, este mal es común a toda la humanidad de hoy. Vivimos una época privada de futuro. La espera de lo que venga ya no es esperanza sino angustia.

Sin embargo, existe desde 1789 una palabra mágica que contiene todos los futuros imaginables y que nunca alberga tanta esperanza como en las situaciones desesperadas; es la palabra *revolución*. De ahí que, de un tiempo a esta parte, esté siendo tan pronunciada. Parece ser que deberíamos estar en pleno período revolucionario; pero en realidad todo se desarrolla como si el movimiento revolucionario se hundiera junto con el régimen que aspira a destruir. Desde hace más de un siglo, cada generación de revolucionarios ha vivido con la esperanza de una revolución cercana; hoy, dicha esperanza ha perdido todo lo que podía servirle de punto de apoyo. Ni en el régimen surgido de la Revolución de Octubre, ni en las dos Internacionales, ni en los partidos socialistas o comunistas independientes,

ni en los sindicatos, ni en las organizaciones anarquistas, ni en las pequeñas agrupaciones de jóvenes que tanto han proliferado desde hace algún tiempo, podemos encontrar nada que sea vigoroso, sano o puro; hace mucho que la clase obrera no da signos de esa espontaneidad con la que contaba Rosa Luxemburgo y que, de hecho, nunca se manifestó sin ser pasada de inmediato por las armas; a las clases medias solo las seduce la revolución cuando aparece, con fines demagógicos, en boca de aprendices de dictador. A menudo se dice que la situación es objetivamente revolucionaria y que lo único que falla es el “factor subjetivo”; como si la total carencia de esa fuerza que por sí sola bastaría para transformar el régimen no fuera un rasgo objetivo de la situación actual, algo cuyas raíces hay que buscar en la estructura de nuestra sociedad. Por este motivo, el primer deber que nos impone el período presente es tener el suficiente valor intelectual para preguntarnos si el término *revolución* es algo más que una palabra, si encierra un contenido preciso, si no es simplemente una de las numerosas mentiras que ha suscitado el régimen capitalista en su desarrollo y que la crisis actual nos hace el favor de disipar. Parece una pregunta impía, por todos los seres nobles y puros que lo han sacrificado todo, incluida su propia vida, a esta palabra. Pero solo los sacerdotes pueden pretender medir el valor de una idea por la cantidad de sangre derramada en su nombre. ¿Quién sabe si la sangre de los revolucionarios no ha corrido tan inútilmente como la de esos griegos y troyanos del poeta que, engañados por una falsa apariencia, se batieron durante diez años alrededor de la sombra de Helena?



# | Crítica del marxismo

**H**asta la época actual, todos los que han sentido la necesidad de apuntalar sus sentimientos revolucionarios con concepciones precisas han encontrado o creído encontrar dichas concepciones en Marx. Ha quedado establecido para siempre que Marx, con su teoría general de la historia y su análisis de la sociedad burguesa, demostró la ineluctable necesidad de una transformación cercana en la que se aboliría la opresión a que nos somete el régimen capitalista; y es tan grande el convencimiento que casi nadie se molesta en examinar de cerca dicha demostración. El “socialismo científico” ha pasado a ser un dogma, exactamente igual que todos los resultados obtenidos por la ciencia moderna, resultados en los que pensamos que tenemos el deber de creer, sin que ni siquiera se nos ocurra interesarnos por el método. En lo que respecta a Marx, si queremos asimilar de verdad su demostración, enseguida nos damos cuenta de que comporta muchas más dificultades que las que los propagandistas del “socialismo científico” dejan suponer.

A decir verdad, Marx explica de forma admirable el mecanismo de la opresión capitalista; pero lo explica tan bien que cuesta imaginar cómo podría dejar de funcionar dicho mecanismo. Por lo general, de esa opresión solo nos quedamos con el aspecto económico, a saber, la apropiación de la plusvalía; y si nos atenemos a ese punto de vista, no resulta desde luego nada difícil explicar a las masas que dicha apropiación está ligada a la competencia, ligada a su

vez a la propiedad privada, y que el día en que la propiedad se haga colectiva todo irá bien. Sin embargo, incluso dentro de los límites de este razonamiento sencillo en apariencia, un examen atento hace surgir mil dificultades. Y es que, como bien demostró Marx, la auténtica razón de la explotación de los trabajadores no es el deseo que pudieran tener los capitalistas de gozar y consumir, sino la necesidad de agrandar la empresa lo más rápido posible para hacerla más poderosa que las de la competencia. Ahora bien, cualquier especie de colectividad trabajadora, sea cual sea, y no solo la empresa, necesita restringir al máximo el consumo de sus miembros para dedicar el mayor tiempo posible a forjarse armas contra las colectividades rivales; de manera que mientras siga habiendo, en la superficie del planeta, una lucha por el poder, y mientras el factor decisivo para la victoria siga siendo la producción industrial, los obreros serán explotados. A decir verdad, Marx suponía concretamente, sin probarlo, que cualquier especie de lucha por el poder desaparecerá el día en que se establezca el socialismo en todos los países industriales; la única desgracia es que, como reconoció el propio Marx, la revolución no puede hacerse en todas partes al mismo tiempo; y cuando se hace en un país, no suprime en dicho país, sino que acentúa, la necesidad de explotar y oprimir a las masas trabajadoras, por miedo a ser más débil que las demás naciones. La historia de la Revolución Rusa constituye una dolorosa ilustración de esto.

Si consideramos otros aspectos de la opresión capitalista, aparecen otras dificultades aun más temibles o, mejor dicho, la misma dificultad, pero bajo una perspectiva más cruda. La fuerza que posee la burguesía para explotar y oprimir a los obreros reside en los cimientos mismos de nuestra vida social, y ninguna transformación política y jurídica puede aniquilarla. Dicha fuerza es, en primer lugar y en esencia, el propio régimen de la producción moderna, a saber, la gran industria. A este respecto, abundan

en Marx las fórmulas vigorosas sobre el sometimiento del trabajo vivo al trabajo muerto, “la inversión de la relación entre objeto y sujeto”, “la subordinación del trabajador a las condiciones materiales del trabajo”. “En la fábrica”, escribe en *El Capital*, “existe un mecanismo independiente de los trabajadores que los incorpora como engranajes vivos... La separación entre las fuerzas intelectuales que intervienen en la producción y el trabajo manual, y la transformación de las primeras en poder del capital sobre el trabajo, llegan a su apogeo en la gran industria basada en el maquinismo. El detalle del destino individual del operario de las máquinas desaparece como algo carente de valor frente a la ciencia, las formidables fuerzas naturales y el trabajo colectivo, que son incorporados al conjunto de las máquinas y constituyen junto con ellas el poder del propietario”. Así la completa subordinación del obrero a la empresa y a los que la dirigen toma sus raíces en la estructura de la fábrica y no en el régimen de la propiedad. De igual modo, “la separación entre las fuerzas intelectuales que intervienen en la producción y el trabajo manual” o, según otra fórmula, “la degradante división del trabajo en trabajo manual y trabajo intelectual” es la base misma de nuestra cultura, que es una cultura de especialistas. La ciencia es un monopolio, no por una mala organización de la instrucción pública, sino por su propia naturaleza; los profanos solo tienen acceso a los resultados, no a los métodos, es decir que solo pueden creer y no asimilar. El propio “socialismo científico” se ha convertido en el monopolio de unos pocos y los “intelectuales” tienen por desgracia los mismos privilegios en el movimiento obrero que en la sociedad burguesa. Exactamente igual ocurre en el ámbito político. Marx percibió con claridad que la opresión estatal se basa en la existencia de aparatos de gobierno permanentes y separados de la población, a saber, los aparatos burocrático, militar y policial; pero estos aparatos permanentes son el efecto inevitable de la separación

radical que existe entre las funciones de dirección y las funciones de ejecución. También en este aspecto el movimiento obrero reproduce integralmente los vicios de la sociedad burguesa. En todos los ámbitos nos encontramos con el mismo obstáculo. Toda nuestra civilización está basada en la especialización, la cual implica el sometimiento de los que ejecutan a los que coordinan; y con semejante base, solo es posible organizar y perfeccionar la opresión, pero no aligerarla. La sociedad capitalista no ha podido elaborar en su seno las condiciones materiales de un régimen de libertad e igualdad, pues la instauración de un régimen así supone una transformación previa de la producción y la cultura.

Que Marx y sus discípulos creyeran de todos modos en la posibilidad de una democracia efectiva sobre los cimientos de la civilización actual, eso es algo que solo podemos comprender si tenemos en cuenta su teoría del desarrollo de las fuerzas productivas. Sabemos que, para Marx, este desarrollo constituye, en el fondo, el auténtico motor de la historia, y que es poco menos que ilimitado. Cada régimen social, cada clase dominante tiene la “tarea”, la “misión histórica”, de llevar las fuerzas productivas a un nivel cada vez más elevado, hasta que llega el día en que todo progreso ulterior es detenido por los marcos sociales; en ese momento las fuerzas productivas se rebelan, rompen dichos marcos y una nueva clase se hace con el poder. Certificar que el régimen capitalista aplasta a millones de hombres solo permite condenarlo moralmente; lo que constituye la condena histórica del régimen es el hecho de que tras hacer posible el progreso de la producción ahora la obstaculice. La tarea de las revoluciones consiste esencialmente en la emancipación no de los hombres sino de las fuerzas productivas. A decir verdad resulta evidente que, en cuanto estas han alcanzado un desarrollo suficiente para que la producción pueda realizarse con poco esfuerzo, ambas tareas coinciden; y Marx suponía que ese era el caso en nuestra época. Dicha suposición fue la que le

permitió establecer un acuerdo indispensable para su tranquilidad moral entre sus aspiraciones idealistas y su concepción materialista de la historia. Para él, la técnica actual, una vez liberada de las formas capitalistas de la economía, puede dar a los hombres, desde ahora, suficiente tiempo libre para permitirles un desarrollo armonioso de sus facultades, lo que hará desaparecer en cierta medida la degradante especialización establecida por el capitalismo; y sobre todo, el ulterior desarrollo de la técnica debe aliviar cada día más el peso de la necesidad material, y como consecuencia inmediata el de la imposición social, hasta que la humanidad alcance por fin un estado realmente paradisiaco, en el que la más abundante producción requerirá un esfuerzo insignificante, en el que se levantará la antigua maldición del trabajo, en el que se volverá, resumiendo, a la dicha de Adán y Eva antes de que cometieran su falta. Resulta fácil comprender, a partir de esta concepción, la postura de los bolcheviques, y por qué todos, incluido Trotski, tratan las ideas democráticas con soberano desprecio. Se han visto impotentes para llevar a cabo la democracia obrera prevista por Marx; pero ellos no se arredran por tan poco, convencidos como están, por un lado, de que cualquier tentativa de acción social que no consista en desarrollar las fuerzas productivas está condenada de antemano al fracaso, y, por otro, de que cualquier progreso de las fuerzas productivas hace avanzar a la humanidad por el camino de la liberación, aunque sea a costa de una opresión provisional. Siendo tan grande su seguridad moral, no sorprende que hayan asombrado al mundo con su fuerza.

Sin embargo, las creencias reconfortantes no suelen ser razonables. Antes incluso de examinar la concepción marxista de las fuerzas productivas, llama la atención el carácter mitológico que dicha concepción presenta en toda la literatura socialista, donde es considerada un postulado. Marx nunca explica por qué razón las fuerzas productivas tenderían a incrementarse; al admitir sin pruebas tan

misteriosa tendencia, no se emparenta con Darwin, como le gustaba creer, sino con Lamarck, que también basaba todo su sistema biológico en una inexplicable tendencia de los seres vivos a la adaptación. Del mismo modo, ¿por qué razón, cuando las instituciones sociales se oponen al desarrollo de las fuerzas productivas, debería la victoria corresponder de antemano a estas y no a aquellas? Evidentemente Marx no supone que los hombres transforman de manera consciente su estado social para mejorar su situación económica; sabe muy bien que hasta nuestros días las transformaciones sociales nunca han ido acompañadas de una conciencia clara de su alcance real; así pues, admite de forma implícita que las fuerzas productivas poseen una virtud secreta que les permite vencer los obstáculos. ¿Pero por qué deja asentado sin demostrarlo, y como una verdad evidente, que las fuerzas productivas pueden conocer un desarrollo ilimitado? Toda esta doctrina, en la que se basa enteramente la concepción marxista de la revolución, está desprovista del más mínimo carácter científico. Para comprenderla, hay que recordar los orígenes hegelianos del pensamiento marxista. Hegel creía que en el universo se oculta un espíritu en acción y que la historia del mundo es simplemente la historia de ese espíritu del mundo, el cual, como todo lo espiritual, tiende indefinidamente a la perfección. Marx pretendió “enderezar” la dialéctica hegeliana, a la que acusaba de estar “patas arriba”; sustituyó el espíritu por la materia como motor de la historia; pero en una paradoja extraordinaria, concibió la historia, a partir de dicha rectificación, como si atribuyera a la materia lo que es la esencia misma del espíritu, una perpetua aspiración a un estado superior. De hecho, así sintonizaba profundamente con la corriente general del pensamiento capitalista; transferir el principio del progreso del espíritu a las cosas es dar una expresión filosófica a esa “inversión de la relación entre sujeto y objeto” en la que Marx veía la esencia misma del capitalismo. El desarrollo de la

gran industria convirtió a las fuerzas productivas en la divinidad de una especie de religión que influyó en Marx, a pesar suyo, al elaborar su concepción de la historia. El término de religión puede sorprender tratándose de Marx; pero creer que nuestra voluntad converge con una misteriosa voluntad que mueve el mundo y nos ayudará a vencer es pensar religiosamente, es creer en la Providencia. De hecho, el vocabulario mismo de Marx lo demuestra, pues contiene expresiones casi místicas, como por ejemplo “la misión histórica del proletariado”. Esta religión de las fuerzas productivas en cuyo nombre generaciones enteras de empresarios han aplastado a las masas trabajadoras sin el menor remordimiento constituye asimismo un factor de opresión en el interior del movimiento socialista; todas las religiones hacen del hombre un simple instrumento de la Providencia, y el propio socialismo pone a los hombres al servicio del progreso histórico, es decir del progreso de la producción. Por este motivo, sea cual sea el ultraje infligido a la memoria de Marx por el culto que le profesan los opresores de la Rusia moderna, en parte se lo merece. Marx, es cierto, nunca tuvo otro móvil que una generosa aspiración a la libertad y la igualdad; solo que tal aspiración, separada de la religión materialista con la que se confundía en su cabeza, ya solo pertenece a eso que Marx llamaba con desdén el socialismo utópico. Si la obra de Marx no contuviera nada más valioso, podría ser olvidada sin mayor inconveniente, con la salvedad al menos de los análisis económicos.

Pero este no es el caso; encontramos en Marx otra concepción totalmente alejada de ese hegelianismo inverso, a saber, un materialismo que ya no tiene nada de religioso y constituye no una doctrina sino un método de conocimiento y acción. No resulta infrecuente ver cómo en los grandes pensadores dos concepciones distintas e incluso incompatibles se confunden debido a la inevitable imprecisión del lenguaje; absortos en la elaboración de ideas

nuevas, les falta tiempo para hacer el examen crítico de su hallazgo. La gran idea de Marx es que tanto en la sociedad como en la naturaleza las cosas solo se realizan mediante transformaciones materiales. “Los hombres construyen su propia historia, pero en condiciones determinadas”. De-sear no sirve, hay que conocer las condiciones materiales que determinan nuestras posibilidades de acción; y en el ámbito social, tales condiciones están definidas por la manera en que el hombre obedece a las necesidades materiales al satisfacer sus propias necesidades, o dicho de otro modo por el modo de producción. Una mejora metódica de la organización social requiere un profundo estudio previo del modo de producción, para intentar saber, por un lado, qué se puede esperar de él, en el futuro inmediato y lejano, desde el punto de vista del rendimiento, por otro, con qué formas de organización social y de cultura es compatible, y, por último, cómo podemos transformarlo. Hay que ser irresponsable para pasar por alto un estudio semejante y aun así aspirar a llevar las riendas de la sociedad; pero por desgracia así ocurre siempre, tanto en los círculos revolucionarios como en las clases dirigentes. El método materialista, ese instrumento que nos dejó Marx, es un instrumento virgen; ningún marxista lo ha usado realmente, empezando por el propio Marx. La única idea de veras valiosa de la obra de Marx es también la única que ha sido totalmente obviada. No es de extrañar que los movimientos sociales herederos de Marx hayan fracasado.

La primera cuestión que hay que plantear es la del rendimiento del trabajo. ¿Tenemos razones para suponer que la técnica moderna, en su nivel actual, será capaz, en la hipótesis de un reparto equitativo, de asegurar a todos suficiente bienestar y tiempo libre para que las condiciones modernas del trabajo dejen de poner trabas al desarrollo del individuo? A este respecto parece haber muchas ilusiones, sabiamente mantenidas por la demagogia. No son los beneficios lo que hay que calcular; la parte de los beneficios

que se reinvierte en la producción sería en general arrebatada a los trabajadores bajo cualquier régimen. Lo que habría que poder hacer es la suma de todos los trabajos de los que se podría prescindir si transformáramos el régimen de la propiedad. Y la cuestión no quedaría resuelta todavía; hay que tener en cuenta los trabajos que implicaría la reorganización completa del aparato de producción, reorganización necesaria para adaptar la producción a su nuevo fin, a saber, el bienestar de las masas; no hay que olvidar que no se abandonaría la fabricación de los armamentos mientras no se destruyera en todas partes el régimen capitalista; y sobre todo es de prever que la destrucción del beneficio individual, al hacer desaparecer ciertas formas de derroche, suscitaría necesariamente otras. Resulta evidente la imposibilidad de establecer cálculos precisos; pero se puede comprender sin ellos que la supresión de la propiedad privada no bastaría ni de lejos para impedir que el duro trabajo de las minas y las fábricas siguiera oprimiendo como un yugo a los que están sometidos a él.

Pero si la técnica, en su estado actual, no basta para liberar a los trabajadores, ¿es razonable por lo menos esperar que esté destinada a un desarrollo ilimitado, el cual implicaría un crecimiento ilimitado del rendimiento del trabajo? Es lo que todo el mundo admite, tanto entre los capitalistas como entre los socialistas, sin el menor estudio previo de la cuestión; basta que el rendimiento del esfuerzo humano haya aumentado de forma inaudita en los últimos tres siglos para que se suponga que dicho crecimiento seguirá manteniendo el mismo ritmo. Nuestra cultura supuestamente científica nos ha transmitido la funesta costumbre de generalizar, de extrapolar con arbitrariedad, en vez de estudiar las condiciones de un fenómeno y los límites que dichas condiciones implican; y Marx, cuyo método dialéctico debía preservarlo de semejante error, cayó como los demás.

El problema es capital y capaz de determinar todas nuestras perspectivas; hay que formularlo con la mayor

precisión. Para ello, es importante saber primero en qué consiste el progreso técnico, qué factores intervienen en él, y examinar por separado cada factor; porque se confunden bajo el nombre de *progreso técnico* procedimientos totalmente diferentes y que ofrecen posibilidades de desarrollo diferentes. El primer procedimiento con el que cuenta el hombre para producir más con menos esfuerzo es el uso de las fuentes naturales de energía; y es verdad en cierto sentido que no se puede atribuir a las ventajas de tal procedimiento un límite preciso, ya que ignoramos qué nuevas energías se podrán utilizar en un futuro; pero eso no significa que esta vía implique perspectivas de progreso indefinido, ni que asegure el progreso en general. Porque la naturaleza no nos da dicha energía, sea cual sea la forma en que esta se presente, fuerza animal, hulla o petróleo; hay que arrancársela y transformarla con nuestro trabajo para adaptarla a nuestros propios fines. Ahora bien, este trabajo no necesariamente va disminuyendo a medida que pasa el tiempo; hoy día se produce incluso lo contrario, ya que la extracción de la hulla y el petróleo se va haciendo, de forma progresiva y automática, menos fructuosa y más costosa. Más aún, los yacimientos que hoy conocemos están destinados a agotarse al cabo de un tiempo relativamente corto. Podemos encontrar nuevos yacimientos; pero la búsqueda y la instalación de nuevas explotaciones, algunas de las cuales sin duda fracasarán, resultarán costosas; por lo demás, no sabemos cuántos yacimientos desconocidos existen, y de todas maneras no será una cantidad ilimitada. También podemos, y sin duda algún día tendremos que hacerlo, encontrar nuevas fuentes de energía; solo que nada garantiza que su uso exija menos trabajo que el uso de la hulla o los aceites pesados; lo contrario también es posible. Incluso puede ocurrir, en última instancia, que el uso de una fuente de energía natural suponga un trabajo superior a los esfuerzos humanos para los que buscamos una alternativa. En este terreno, el azar decide; porque el

descubrimiento de una fuente de energía nueva y de fácil acceso o de un procedimiento económico de transformación para una fuente de energía conocida no es de esas cosas que estamos seguros de conseguir si reflexionamos con método y le dedicamos tiempo. Nos ilusionamos al respecto porque solemos considerar el desarrollo de la ciencia desde fuera y en bloque; no nos damos cuenta de que, si bien algunos resultados científicos dependen exclusivamente del buen uso que el investigador hace de su razón, otros necesitan de una feliz coincidencia. Así ocurre con el uso de las fuerzas de la naturaleza. Es verdad que toda fuente de energía es transformable; pero la seguridad que el científico tiene de hallar en el transcurso de sus investigaciones algo económicamente ventajoso es la misma que tiene el explorador de alcanzar un territorio fértil. De ello podemos encontrar un instructivo ejemplo en los famosos experimentos relativos a la energía térmica de los océanos que tanta y tan inútil repercusión han tenido. Ahora bien, en cuanto interviene el azar, la noción de progreso continuo deja de ser aplicable. Así pues, es puro sueño esperar que el desarrollo de la ciencia lleve un día, de manera en cierto modo automática, al descubrimiento de una fuente de energía utilizable de manera casi inmediata para todas las necesidades humanas. No se puede demostrar que sea imposible; y a decir verdad también es posible que un buen día alguna transformación repentina del orden astronómico brinde a amplias extensiones del globo terrestre el clima arrebatador que permite, según cuentan, que algunas tribus primitivas vivan sin trabajo; pero las posibilidades de este orden nunca deben ser tenidas en cuenta. En líneas generales, no sería razonable pretender determinar desde ahora lo que el futuro deparará al género humano en este terreno.

Por otro lado, solo existe otro recurso que permita disminuir la suma del esfuerzo humano, a saber, lo que podemos llamar, con expresión moderna, la racionalización del trabajo. En ella se pueden distinguir dos aspectos, uno

referido a la relación entre los esfuerzos simultáneos, y el otro a la relación entre los esfuerzos sucesivos; en ambos casos el progreso consiste en aumentar el rendimiento de los esfuerzos por la forma de combinarlos. Está claro que en este terreno se puede en última instancia dejar de lado el azar y que la noción de progreso tiene un sentido; de lo que se trata es de saber si tal progreso es ilimitado y, en caso contrario, si aún estamos lejos del límite. En lo referente a eso que podemos llamar la racionalización del trabajo en el espacio, los factores de ahorro son la concentración, la división y la coordinación de los trabajos. La concentración del trabajo implica la disminución de todo lo que se puede englobar bajo el nombre de gastos generales, como los gastos de local, de transportes y a veces de utillaje. La división del trabajo, por su parte, tiene efectos mucho más asombrosos. Para empezar, permite adquirir una rapidez considerable en la ejecución de labores que también podrían ser realizadas por trabajadores aislados pero mucho más despacio, ya que cada uno tendría que hacer por su cuenta el esfuerzo de coordinación que la organización del trabajo permite asumir a un solo hombre por cuenta de muchos otros; el famoso análisis de Adam Smith relativo a la fabricación de alfileres da un ejemplo de ello. Para terminar, y esto es lo más importante, la división y la coordinación de los esfuerzos hacen posibles obras colosales que excederían infinitamente las posibilidades de un hombre solo. También hay que tomar en consideración los ahorros que permite en transportes de energía y materia prima la especialización por regiones, y sin duda otros muchos ahorros más en los que sería demasiado largo entrar. Sea como fuera, en cuanto se echa un vistazo al régimen actual de la producción parece bastante claro, no solo que esos factores de ahorro comportan un límite más allá del cual pasan a ser factores de gasto, sino también que dicho límite ha sido alcanzado y superado. Desde hace ya varios años el crecimiento de las empresas va acompaña-

do, no de una disminución, sino de un incremento de los gastos generales; el funcionamiento de la empresa, que se ha vuelto demasiado complejo para permitir un control eficaz, deja un margen cada vez mayor al derroche y suscita una extensión acelerada y sin duda en cierta medida parasitaria del personal destinado a la coordinación de las diversas partes de la empresa. La extensión del comercio, que antaño desempeñó un papel formidable como factor de progreso económico, se pone también a causar más gastos de los que evita, porque las mercancías se mantienen improductivas durante mucho tiempo, porque el personal destinado al comercio crece también a un ritmo acelerado y porque los transportes consumen una energía cada vez mayor en razón de las innovaciones destinadas a aumentar la velocidad, innovaciones que por fuerza resultan cada vez más costosas y menos eficaces a medida que se van sucediendo. Así en todos estos aspectos el progreso se transforma hoy, de forma literalmente matemática, en regresión.

El progreso debido a la coordinación de los esfuerzos en el tiempo es sin duda el factor más importante del progreso técnico; es también el más difícil de analizar. Desde Marx, es costumbre designarlo al hablar de la sustitución del trabajo vivo por el trabajo muerto, fórmula de una terrible imprecisión, en el sentido de que evoca la imagen de una evolución continua hacia una etapa de la técnica en la que, por decirlo así, todos los trabajos por hacer estarían ya hechos. Esta imagen es tan quimérica como la de una fuente natural de energía que fuera tan inmediatamente accesible para el hombre como su propia fuerza vital. La sustitución en cuestión tan solo cambia los movimientos que permitirían obtener directamente ciertos resultados por otros movimientos que producen dicho resultado indirectamente gracias a la disposición asignada a cosas inertes; sigue siendo encomendar a la materia lo que parecía ser la función del esfuerzo humano, pero en lugar de usar la energía que proporcionan ciertos fenóme-

nos naturales, se usan la resistencia, la solidez, la dureza que poseen ciertos materiales. Tanto en un caso como en otro, las propiedades de la ciega e indiferente materia solo pueden adaptarse a los fines humanos mediante el trabajo humano; y tanto en un caso como en otro la razón prohíbe admitir de antemano que dicho trabajo de adaptación deba ser necesariamente inferior al esfuerzo que deberían realizar los hombres para alcanzar directamente el fin que tienen en perspectiva. Pero mientras el uso de las fuentes naturales de energía depende en una medida considerable de azares imprevisibles, el uso de materiales inertes y resistentes se ha efectuado en general según una progresión continua que podemos abarcar y prolongar con el pensamiento una vez comprendido el principio en que se basa. La primera etapa, desde que el hombre es hombre, consiste en encomendar a objetos colocados en lugares apropiados todos los esfuerzos de resistencia cuyo objetivo sea impedir ciertos movimientos por parte de ciertas cosas. La segunda etapa define el maquinismo propiamente dicho; el maquinismo se hizo posible el día en que se comprendió que no solo se podía usar la materia inerte para asegurar la inmovilidad donde hiciera falta, sino incluso para conservar las relaciones permanentes de los movimientos entre sí, relaciones que hasta entonces tenían que ser establecidas cada vez por el pensamiento. Para ello, es necesario y suficiente haber podido grabar dichas relaciones, transponiéndolas, en las formas dadas a la materia sólida. Así es como uno de los primeros progresos en abrir el camino al maquinismo consistió en eximir al tejedor de adaptar la selección de los hilos para su bastidor al dibujo de la tela, y ello gracias a un cartón con unos agujeros que se corresponden con el dibujo. Si esta clase de transposiciones en los diversos tipos de trabajo solo se han podido obtener poco a poco y gracias a inventos aparentemente debidos a la inspiración o el azar, es porque el trabajo manual combina los elementos permanentes que contiene a fin de ocul-

tarlos la mayor parte del tiempo bajo una apariencia de variedad; por eso el trabajo parcelario de las manufacturas precedió a la gran industria. Por último, la tercera etapa es la de la técnica automática, que apenas comienza; se trata de la posibilidad de encomendar a la máquina no solo una operación siempre idéntica a sí misma, sino también un conjunto de operaciones variadas. Dicho conjunto puede ser tan vasto y complejo como se quiera; lo único necesario es que sea una variedad definida y limitada de antemano. Así pues, la técnica automática, que aún se encuentra en una fase en cierto modo primitiva, puede en teoría desarrollarse de forma indefinida; y el uso de semejante técnica para satisfacer las necesidades humanas no comporta más límites que los que impone la cuota de imprevisto de las condiciones de la existencia humana. Si pudiéramos concebir condiciones de vida que no comportasen el menor imprevisto, el mito americano del robot tendría sentido y la supresión completa del trabajo humano mediante un acondicionamiento sistemático del mundo sería posible. Pero eso son ficciones y nada más; podrían ser ficciones útiles de elaborar, a modo de límite ideal, si al menos los hombres tuvieran la capacidad de disminuir progresivamente con un método cualquiera dicha cuota de imprevisto de su vida. Pero tampoco es el caso, y ninguna técnica eximirá jamás a los hombres de renovar y adaptar sin tregua, con el sudor de su frente, las herramientas que manejan.

En estas condiciones, resulta fácil concebir que un cierto grado de automatismo pueda ser más costoso en esfuerzos humanos que un grado inferior. Al menos resulta fácil de concebir en abstracto; es casi imposible llegar en este terreno a una apreciación concreta debido al gran número de factores que habría que considerar. La extracción de los metales con los que se hacen las máquinas solo puede operarse con trabajo humano; y al tratarse de minas, el trabajo se hace más y más duro a medida que se efectúa, aparte de que los yacimientos conocidos pueden agotarse

de manera relativamente rápida; los hombres se reproducen, el hierro no. Tampoco hay que olvidar, aunque los balances financieros, las estadísticas y las obras de los economistas no se dignen señalarlo, que el trabajo de las minas es más doloroso, agotador y peligroso que la mayoría de los demás trabajos; el hierro, el carbón, el hidróxido de potasio son productos manchados de sangre. Además, las máquinas automáticas solo resultan ventajosas si producen en serie y en cantidades masivas; de modo que su funcionamiento está ligado al desorden y el derroche que supone una centralización económica exagerada; por otro lado, crean la tentación de producir mucho más de lo que se necesita para satisfacer las necesidades reales, lo que conduce a gastar sin beneficios tesoros de fuerza humana y de materias primas. Tampoco podemos pasar por alto los gastos que supone cualquier progreso técnico, debido a las investigaciones previas, a la necesidad de adaptar a dicho progreso otras ramas de la producción y al abandono del viejo material, que a menudo es desechado cuando aún podría servir por mucho tiempo. Nada de todo esto puede ser medido ni siquiera de forma aproximada. En líneas generales, lo único claro es que cuanto más elevado es el nivel de la técnica, menores son las ventajas que pueden aportar los progresos nuevos respecto a los inconvenientes. No obstante, no tenemos ninguna manera de ver con claridad si estamos cerca o lejos del límite a partir del cual el progreso técnico se transformará en factor de regresión económica. Tan solo podemos intentar adivinarlo empíricamente, basándonos en cómo evoluciona la economía actual.

Ahora bien, lo que vemos es que desde hace algunos años, en casi todas las industrias, las empresas se niegan por sistema a acoger las innovaciones técnicas. La prensa socialista y comunista extrae de este hecho elocuentes declamaciones contra el capitalismo, pero omite explicar cuál es ese milagro que haría que unas innovaciones actualmente dispendiosas se volvieran económicamente ventajosas

en un régimen socialista o que se las da de tal. Es más razonable suponer que en este terreno no estamos lejos del límite del progreso útil; e incluso, dado que la complicación de las relaciones económicas actuales y la formidable extensión del crédito impiden que los empresarios se den cuenta enseguida de que un factor antaño ventajoso ha dejado de serlo, podemos concluir, con todas las reservas que un problema tan confuso impone, que lo más probable es que dicho límite ya haya sido superado.

A decir verdad, un estudio serio de este asunto debería tomar en consideración muchos otros elementos. Los diversos factores que contribuyen a aumentar el rendimiento del trabajo no se desarrollan por separado, aunque haya que separarlos en el análisis; se combinan, y tales combinaciones producen efectos difíciles de prever. Por lo demás, el progreso técnico no solo sirve para conseguir con facilidad lo que antes se conseguía con grandes esfuerzos; también hace posibles trabajos que sin él habrían resultado prácticamente inimaginables. Sería pertinente examinar el valor de estas nuevas posibilidades, teniendo en cuenta que no son solo posibilidades de construcción, sino también de destrucción. Pero a un estudio así no le quedaría más remedio que tener en cuenta las relaciones económicas y sociales que están inevitablemente ligadas a una determinada forma de la técnica. Por el momento, basta con comprender que la posibilidad de progresos ulteriores en lo relativo al rendimiento del trabajo no es algo que esté fuera de duda; que, a juzgar por las apariencias, hoy en día tenemos tantas razones para suponer que disminuirá como para suponer que aumentará; y, lo más importante, que un crecimiento continuo e ilimitado de dicho rendimiento es, hablando con propiedad, inconcebible. Tan solo la embriaguez provocada por la rapidez del progreso técnico ha podido dar origen a la loca idea de que el trabajo podría un día ser superfluo. En el ámbito de la ciencia pura, esta idea se tradujo en la búsqueda de la

“máquina de movimiento perpetuo”, es decir la máquina que, de modo indefinido, produciría trabajo sin consumir jamás; y los científicos no tardaron en echarla por tierra con la ley de la conservación de la energía. En el ámbito social, las divagaciones son mejor acogidas. “La etapa superior del comunismo”, considerada por Marx como el último término de la evolución social, es, en suma, una utopía absolutamente análoga a la del movimiento perpetuo. Y en nombre de dicha utopía los revolucionarios derramaron su sangre. Mejor dicho, derramaron su sangre en nombre o bien de dicha utopía o bien de la creencia igualmente utópica de que un simple decreto podría poner el sistema de producción actual al servicio de una sociedad de hombres libres e iguales. ¿Qué hay de extraño en que toda esa sangre haya corrido en vano? La historia del movimiento obrero aparece así bajo una perspectiva cruel, pero particularmente esclarecedora. La podemos resumir por completo señalando que la clase obrera solo dio muestras de fuerza cuando sirvió a causas diferentes de la revolución obrera. El movimiento obrero pudo hacer creer que tenía poder mientras se trató de contribuir a liquidar los vestigios del feudalismo, a acondicionar la dominación capitalista ya fuera en forma de capitalismo privado, ya fuera en forma de capitalismo de Estado, como ocurrió en Rusia; ahora que en ese terreno su función ha terminado y la crisis le plantea el problema de la toma efectiva del poder por parte de las masas trabajadoras, se desmorona y se disuelve con una rapidez que aniquila el coraje de los que habían depositado su fe en él. Sobre sus ruinas se desarrollan interminables controversias que solo pueden calmarse con las fórmulas más ambiguas; porque entre todos los hombres que aún se empeñan en hablar de revolución, tal vez no haya dos que atribuyan a este término el mismo contenido. Y no es extraño. La palabra *revolución* es una palabra por la que se mata, por la que se muere, por la que se envía a las masas populares a la muerte, pero que no

tiene contenido alguno.

Sin embargo, tal vez podamos darle un sentido al ideal revolucionario, ya que no como perspectiva posible, sí al menos como límite teórico de las transformaciones sociales realizables. Lo que le pediríamos a la revolución es la abolición de la opresión social; pero para que esta noción tenga al menos alguna oportunidad de significar algo, primero hay que distinguir entre opresión y subordinación de los caprichos individuales a un orden social. Mientras haya una sociedad, encerrará la vida de los individuos en límites muy estrechos y les impondrá sus reglas; pero esta exigencia inevitable solo merece ser llamada opresión en la medida en que, al provocar una separación entre los que la ejercen y los que la sufren, pone a los segundos a merced de los primeros y deja caer con todo su peso, hasta el aplastamiento físico y moral, la presión de los que mandan sobre los que ejecutan. Incluso tras esta distinción, nada permite en principio suponer que la supresión de la opresión sea, no ya posible, sino simplemente concebible como límite. Marx mostró con fuerza, en unos análisis de cuyo alcance ni él mismo fue consciente, que el régimen actual de la producción, o sea la gran industria, condena al obrero a no ser más que un engranaje de la fábrica y un simple instrumento en manos de los que le dirigen; y es inútil esperar que el progreso técnico pueda, mediante una disminución progresiva y continua del esfuerzo de la producción, aligerar, hasta casi hacerlo desaparecer, el doble peso que el hombre soporta de la naturaleza y la sociedad. Así pues, el problema está bien claro; se trata de saber si se puede concebir una organización de la producción que, aunque incapaz de eliminar las necesidades naturales y la exigencia social que estas conllevan, al menos les permita manifestarse sin aplastar bajo el peso de la opresión las mentes y los cuerpos. En una época como la nuestra, aprehender con claridad este problema quizá sea una condición para poder vivir en paz consigo mismo. Si logramos

concebir en concreto las condiciones de esa organización liberadora, solo queda ejercer, para dirigirse hacia ella, todo el poder de acción, grande o pequeño, del que disponemos; y si entendemos con claridad que la posibilidad de semejante modo de producción ni siquiera es concebible, al menos ganamos el poder resignarnos legítimamente a la opresión y dejar de creernos cómplices por no hacer nada eficaz para impedirla.

## II

# Análisis de la opresión

**E**n resumen, se trata de conocer el lazo que une a la opresión en general y a cada forma de opresión en particular con el régimen de la producción; dicho de otro modo, de llegar a captar el mecanismo de la opresión, a comprender en virtud de qué surge, subsiste, se transforma, y en virtud de qué podría tal vez desaparecer en teoría. Estamos ante una cuestión nueva, o casi. Durante siglos, las almas generosas consideraron el poder de los opresores como una usurpación pura y simple, a la cual había que intentar oponerse ya fuera mediante la simple expresión de una reprobación radical, ya fuera mediante la fuerza armada puesta al servicio de la justicia. De ambas maneras, el fracaso siempre fue total; y nunca era más significativo que cuando por un momento adoptaba apariencia de victoria, como ocurrió en la Revolución Francesa, y tras conseguir hacer desaparecer de veras una cierta forma de opresión, nos hacía asistir, impotentes, a la inmediata instalación de una opresión nueva.

La reflexión sobre este estrepitoso fracaso, que había sido el colofón de todos los demás, hizo que Marx al fin comprendiera que no se puede suprimir la opresión mientras subsistan las causas que la hacen inevitable, y que dichas causas radican en las condiciones objetivas, es decir materiales, de la organización social. Entonces elaboró una concepción de la opresión totalmente nueva, ya no como usurpación de un privilegio, sino como órgano de una función social. Dicha función es la misma que consiste

en desarrollar las fuerzas productivas, en la medida en que dicho desarrollo requiere duros esfuerzos y penosas privaciones; y entre dicho desarrollo y la opresión social, Marx y Engels hallaron relaciones mutuas. Para empezar, según ellos, la opresión se establece solo cuando los progresos de la producción han suscitado una división del trabajo lo suficientemente profunda para que el comercio, el mando militar y el gobierno constituyan funciones separadas; por otra parte la opresión, una vez establecida, provoca el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas y cambia de forma a medida que lo exige dicho desarrollo, hasta el día en que, al pasar a ser para él un obstáculo más que una ayuda, desaparece pura y simplemente. Por muy brillantes que sean los análisis concretos con que los marxistas han ilustrado este esquema, y aunque constituya un progreso respecto a las ingenuas indignaciones que lo preceden, no podemos decir que esclarezca el mecanismo de la opresión. Solo describe su origen parcialmente; ya que ¿por qué tendría que volverse opresión la división del trabajo? No permite de ningún modo esperar razonablemente su final; ya que, si Marx creyó mostrar cómo el régimen capitalista termina obstaculizando la producción, ni siquiera intentó probar que, en nuestros días, cualquier otro régimen opresivo la obstaculizaría igual; y además ignoramos por qué la opresión no podría lograr mantenerse, incluso una vez convertida en factor de regresión económica. Sobre todo, Marx omite explicar por qué la opresión es invencible mientras sea útil, por qué los oprimidos sublevados nunca han conseguido fundar una sociedad no opresiva, ya sea sobre la base de las fuerzas productivas de cada época, ya sea incluso a costa de una regresión económica que difícilmente podía aumentar su miseria; y por último deja por completo en la sombra los principios generales del mecanismo mediante el cual una determinada forma de opresión es sustituida por otra.

Más aun, no es que los marxistas no resolvieran nin-

guno de esos problemas, sino que ni siquiera creyeron que tuvieran que formularlos. Les pareció que para explicar la opresión social bastaba con dejar asentado que se corresponde con una función en la lucha contra la naturaleza. Por lo demás, solo esclarecieron realmente esta correspondencia en el régimen capitalista; pero de todas maneras, suponer que semejante correspondencia constituye una explicación del fenómeno equivale a aplicar inconscientemente a los organismos sociales el famoso principio de Lamarck, tan ininteligible como cómodo, “la función crea el órgano”. La biología solo empezó a ser una ciencia el día en que Darwin sustituyó este principio por la noción de las condiciones de existencia. El progreso consiste en que la función ya no es considerada la causa sino el efecto del órgano, único orden inteligible; el papel de causa ahora solo se le atribuye a un mecanismo ciego, el de la herencia, combinado con las variaciones accidentales. Por sí mismo, a decir verdad, dicho mecanismo ciego lo único que puede es producir al azar cualquier cosa; la adaptación del órgano a la función interviene aquí para limitar el azar eliminando las estructuras no viables, ya no como tendencia misteriosa, sino como condición de existencia; y tal condición se define a través de la relación del organismo considerado con el medio mitad inerte y mitad vivo que lo rodea, y muy especialmente con los organismos semejantes que compiten con él. La adaptación es ahora concebida con respecto a los seres vivos como una necesidad exterior y no interior. Está claro que este luminoso método no es solo válido en biología, sino en cualquier ámbito en que nos encontremos en presencia de estructuras organizadas que no han sido organizadas por nadie. Para poder invocar a la ciencia en materia social, habría que llevar a cabo respecto al marxismo un progreso análogo al que llevó a cabo Darwin respecto a Lamarck. Las causas de la evolución social ya solo deben buscarse en los esfuerzos cotidianos de los hombres considerados como individuos.

Es cierto que estos esfuerzos no se realizan sin una dirección precisa; dependen, en cada caso, del temperamento, la educación, las rutinas, las costumbres, los prejuicios, las necesidades naturales o adquiridas, el entorno y, sobre todo, en líneas generales, la naturaleza humana, término que, aunque complicado de definir, probablemente no carece de sentido. Pero dada la diversidad casi indefinida de los individuos, dado sobre todo que la naturaleza humana comporta entre otras cosas el poder de innovar, de crear, de superarse a sí mismo, esa ristra de esfuerzos incoherentes produciría cualquier cosa en materia de organización social si el azar no se encontrase limitado en este ámbito por las condiciones de existencia a las que toda sociedad debe ajustarse si no quiere ser subyugada o aniquilada. La mayor parte del tiempo, los hombres ignoran esas condiciones de existencia a las que se someten; y es que dichas condiciones no actúan imponiendo a los esfuerzos de cada cual una dirección determinada, sino condenando a la ineficacia todos los esfuerzos que apuntan en direcciones prohibidas por ellas.

Tales condiciones de existencia las determinan en primer lugar, como ocurre con los seres vivos, por un lado el entorno natural y por otro la existencia, la actividad y en especial la competencia de los demás organismos de la misma especie, es decir, las demás agrupaciones sociales en este caso. Pero hay un tercer factor que interviene, a saber, el acondicionamiento del entorno natural, el utillaje, el armamento, los procedimientos de trabajo y combate; y este factor ocupa un lugar aparte debido a que, si bien incide en la forma de la organización social, también sufre su reacción. Por lo demás, este factor es el único en el que los miembros de una sociedad tal vez puedan tener alguna influencia. Este esquema es demasiado abstracto para poder servir de guía; pero si pudiéramos, a partir de esta somera exposición, llegar a análisis concretos, sería por fin posible plantear el problema social. La buena voluntad ilustrada